

Agatha
Christie[®]



HACIA CERO

Agatha Christie

Hacia cero

Traducción de Stella de Cal

Capítulo 1

Se abre la puerta y aquí están los personajes

11 de enero

El hombre que estaba en la cama del hospital cambió ligeramente de postura y sofocó un gemido.

La enfermera que cuidaba de la sala se levantó de su puesto y se acercó a él. Le movió las almohadas y lo colocó en una postura más cómoda.

Angus MacWhirter se limitó a lanzar un gruñido, a modo de gracias.

Se encontraba en un estado de extrema rebeldía y amargura.

Ya debía haber terminado con todo. Debía encontrarse fuera de todo. ¡Aquel maldito arbolito ridículo que crecía en el acantilado! Malditos aquellos novios entrometidos que desafiaron el frío de una noche de invierno para citarse en el borde del acantilado.

Si no hubiera sido por ellos (y por el árbol), ya habría terminado con todo. Una zambullida en el agua helada y profunda, quizá una breve lucha y luego el olvido, el fin de una vida desperdiciada sin valor y sin provecho.

Y ahora, ¿dónde estaba? En una situación ridícula, echado en una cama del hospital con un hombro roto y ante la perspectiva de ser llevado ante un tribunal por el delito de haber intentado quitarse la vida.

Pero, ¡maldición!, ¿no era su propia vida?

Y si su tentativa hubiera tenido éxito, lo habrían enterado piadosamente, víctima de una locura transitoria.

Sí, locura. ¡Nunca había estado más cuerdo! Y suicidarse era lo más lógico y cuerdo que podía haber hecho una persona en su situación.

Era un hombre completamente acabado, de mala salud, y su mujer lo había dejado por otro. Sin trabajo, sin afecto, sin dinero, sin salud ni esperanza, ¿no era acabarlo todo de una vez la única solución?

Y ahora aquí estaba, en una situación ridícula. Dentro de poco tiempo, un magistrado mojigato le amonestaría por haber hecho lo que el sentido común le había aconsejado hacer con algo que era suyo y solo suyo: su vida.

Lanzó un gruñido de rabia. La fiebre le subió un poco. La enfermera se acercó a él de nuevo.

Era joven, pelirroja, con un rostro bondadoso, aunque algo inexpresivo.

—¿Le duele mucho?

—No.

—Le daré algo para que duerma.

—No me dará usted nada.

—Pero...

—¿Cree usted que soy incapaz de soportar algo de dolor e insomnio?

La enfermera sonrió de un modo agradable, con cierto aire de superioridad.

—El doctor ha dicho que podía tomar algo.

—No me importa lo que haya dicho el doctor.

La enfermera, sin inmutarse lo más mínimo, le acercó el vaso de limonada.

—Siento haber sido tan grosero —dijo él ligeramente avergonzado.

—Bah, no se preocupe.

Le molestó que su mal humor no la afectara en lo más mínimo. Nada podía penetrar la armadura de indiferencia

indulgente de la enfermera. Para ella era un paciente, no un hombre.

—¡Condenados entrometidos! ¡Siempre igual!

—Vaya, vaya, no está bien decir esas cosas —replicó ella en tono reprobatorio.

—¿Que no está bien? ¿Bien? ¡Dios mío!

—Se sentirá mejor por la mañana —afirmó la enfermera tranquilamente.

El enfermo tragó saliva.

—¡Ustedes las enfermeras! ¡Ustedes las enfermeras! Inhumanas, eso es lo que son.

—Sabemos lo que conviene al enfermo.

—¡Eso es lo que me da tanta rabia! De usted, del hospital, del mundo entero. Siempre entrometiéndose. Todo el mundo sabe lo que conviene a los demás. He intentado matarme. ¿Lo sabía usted?

Ella asintió.

—Sí, yo quería tirarme por aquel acantilado. Era cosa mía y solo mía. No quería nada de la vida. Era un hombre acabado.

La enfermera expresó una simpatía abstracta con un chasquido de la lengua. Él era un paciente, y dejaba que se calmara desahogándose.

—¿Por qué no había de matarme, si quería hacerlo?

A esto contestó ella con toda seriedad.

—Porque está mal.

—¿Y por qué está mal?

Ella lo miró con expresión dubitativa. No es que se hubieran alterado sus creencias, pero le faltaba facilidad de palabra para expresar su opinión.

—Bueno..., quiero decir que... matarse es un error. Tiene uno que seguir viviendo, tanto si le gusta como si no.

—¿Y por qué tiene uno que seguir viviendo?

—Bueno, uno debe tener en cuenta a los demás, ¿verdad?

—En mi caso, no. Ni una sola persona en el mundo lamentaría mi muerte.

—¿No tiene usted parientes? ¿Ni madre, ni hermanos, ni nada?

—No. Tenía mujer, pero me dejó... ¡Y muy bien que hizo! Se dio cuenta de que no valgo para nada.

—Pero tendrá usted amigos.

—No, no tengo amigos. No soy hombre dado a hacer amistades. Le voy a decir algo, enfermera. Hubo un tiempo en que yo era feliz. Tenía un buen empleo y una mujer guapa. Entonces hubo un accidente de coche. Mi jefe conducía y yo iba con él. Quería que yo dijera que circulaba a menos de veinte millas por hora en el momento del accidente, pero no era verdad. Conducía a cerca de sesenta. No hubo muertos ni nada de eso, solo quería tener razón para lo del seguro. Pues bien, yo no podía decir lo que él quería. Era una mentira y yo no digo mentiras.

—Creo que hizo usted muy bien. Muy bien —afirmó la enfermera.

—¿Ah, sí? ¿Lo cree usted? Aquella cabezonería mía me costó el empleo. Mi jefe estaba resentido y tuvo buen cuidado de que no consiguiera otra colocación. Mi mujer se cansó de verme dar vueltas sin encontrar trabajo. Se marchó con un hombre que había sido amigo mío. Le iban bien las cosas y seguía subiendo. Yo anduve dando tumbos, hundiéndome cada vez más. Me aficioné a la bebida. Eso no me ayudó a conservar un trabajo. Acabé de peón, me hice una hernia y el médico me dijo que nunca volvería a ser fuerte. Bueno, ya no me quedaba ningún aliciente en la vida. Lo más fácil y seguro era acabar de una vez. Mi vida no tiene valor ni para mí ni para nadie.

—Eso usted no lo sabe —murmuró la enfermera.

Él se rio. Se había puesto de mejor humor. Su ingenua obstinación le hacía gracia.

—Pero, pequeña, ¿para qué le sirvo yo a nadie?

—No se sabe. Puede que... algún día... —replicó ella, confusa.

—¿Algún día? No llegará ese día. La próxima vez me asegurará bien.

Ella meneó la cabeza con decisión.

—No, no —dijo—. Usted no volverá a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Nunca lo hacen.

Él se la quedó mirando. «Nunca lo hacen.» Él pertenecía ya a la clase de suicidas frustrados. En el momento en que abrió la boca para protestar enérgicamente, su sinceridad innata lo detuvo de pronto.

¿Volvería él a intentarlo? ¿Tenía intención de hacerlo?

Y súbitamente comprendió que no, sin que ninguna razón se lo impidiera. Puede que la verdadera razón fuese la que la enfermera, con su experiencia, acababa de dar: nadie intenta suicidarse dos veces.

Con mayor motivo, decidió obligarla a que le diera una razón ética.

—En cualquier caso, tengo derecho a hacer lo que quiera con mi vida.

—No..., no, no lo entiende usted.

—Pero ¿por qué no, muchacha, por qué no?

La enfermera enrojeció y dijo, jugando con la crucecita de oro que pendía de su cuello.

—No lo entiende. Dios puede necesitarlo a usted.

Él la miró fijamente, desconcertado. No quería ofenderla en su fe infantil.

—A lo mejor algún día detengo un caballo desbocado y salvo de la muerte a una niña rubia, ¿no es eso? —dijo en tono de burla.

Ella meneó la cabeza con vehemencia, y trató de expresar lo que en su mente estaba tan claro y en su palabra resultaba tan torpe:

—Puede que sea solo *estar* en algún sitio, sin hacer nada,

solo estar en cierto lugar, en un momento determinado... ¡Ay, no puedo expresarlo! Pero puede que un día por la calle, solo por el hecho de ir por esa calle, usted esté realizando algo enormemente importante, a lo mejor sin saber qué es.

La enfermera pelirroja era de la costa oeste de Escocia y algunas personas de su familia eran clarividentes.

Puede que, confusamente, viera la imagen de un hombre subiendo una carretera en una noche de septiembre y salvando a un ser humano de una muerte horrible...

14 de febrero

Había una sola persona en la habitación y el único ruido que se oía era el rasgueo de la pluma mientras escribía línea tras línea en el papel.

No había nadie que pudiera leer las palabras que iba escribiendo. Si alguien las hubiera leído, habría creído que su vista le engañaba. Porque aquello era un proyecto de asesinato, claro y con todo detalle.

Hay momentos en que el cuerpo es consciente de que una mente fiscaliza y se inclina obediente ante ese algo que gobierna sus actos. En otros momentos, la mente es consciente de poseer y dominar un cuerpo y de cumplir su propósito a través de dicho cuerpo.

La persona que escribía se encontraba en este último estado. Era una mente fría, una inteligencia controlada. Esta mente tenía una sola idea y un solo propósito: la destrucción de otro ser humano. Para llevar a cabo este propósito, trazaba el plan meticulosamente en el papel. Tenía en cuenta cualquier eventualidad, cualquier posibilidad. Tenía que resultar perfecto. El plan, como todos los planes bien trazados, no era rígido. En determinados momentos dejaba lugar para alternativas. Además, como aquella era

una mente inteligente, se daba cuenta de que debía haber un margen para lo imprevisto. Pero las líneas principales estaban claras y habían sido verificadas con toda atención. La hora, el lugar, el modo de hacerlo, ¡la víctima!

La persona levantó la cabeza. Cogió con la mano las hojas de papel y las leyó con atención de principio a fin. Sí, todo estaba claro como el agua.

En aquel rostro serio apareció una sonrisa. Era una sonrisa un tanto anormal. La persona inspiró profundamente.

Así como el hombre fue hecho a imagen y semejanza de su Creador, aquí también había ahora un terrible travestismo de la alegría de crear.

Sí, todo estaba planeado, se había previsto la reacción de cada uno, convirtiendo el bien y el mal que cada uno llevaba dentro, utilizado y puesto en armonía con un designio malvado.

Solo faltaba una cosa.

Con una sonrisa, el escritor escribió una fecha: un día de septiembre.

Entonces, riéndose, hizo pedazos las hojas y, cruzando la habitación, los echó al fuego de la chimenea. No cometió el menor descuido. Todos los trocitos de papel fueron destruidos y consumidos por las llamas. Desde aquel instante, el plan solo existía en la mente de su creador.

8 de marzo

El superintendente Battle había acabado de desayunar con la barbilla adelantada, algo que le daba un aire truculento; leía, despacio y con todo cuidado, una carta que su esposa acababa de entregarle llorando. Su rostro, como de costumbre, no mostraba la menor expresión. Parecía tallado en madera. Era un rostro firme, resistente y, en cierto modo, impresionante. El superintendente Battle no había

dado nunca la impresión de ser brillante. Decididamente no era un hombre brillante, aunque tenía otra cualidad difícil de definir, pero poderosa.

—No puedo creerlo —dijo Mrs. Battle entre sollozos—. ¡Sylvia!

Sylvia era la menor de los cinco hijos de los Battle. Tenía dieciséis años y estaba en un colegio cerca de Maidstone.

La carta era de miss Amphrey, la directora del colegio en cuestión. Era una carta clara, amable, escrita con mucho tacto. Decía que las autoridades del centro habían estado desconcertadas durante cierto tiempo debido a diversos robos, que al fin todo se había aclarado, que Sylvia Battle había confesado su culpabilidad y que miss Amphrey desearía ver a los Battle cuanto antes «para discutir la situación».

El superintendente Battle dobló la carta y se la guardó en un bolsillo.

—Déjame esto a mí, Mary —dijo.

Se levantó, rodeó la mesa, le dio unos golpecitos cariñosos en la mejilla.

—No te preocupes, querida, todo se arreglará.

Salió de la habitación dejando tras de sí consuelo y tranquilidad.

Aquella tarde, en el salón de miss Amphrey, moderno y muy personal, el superintendente Battle estaba sentado muy erguido en una butaca frente a la directora del colegio, con sus manazas descansando sobre las rodillas y con más aspecto de policía que nunca.

Miss Amphrey tenía un gran éxito como directora. Poseía personalidad, mucha personalidad, era moderna y culta, y sabía combinar la disciplina con las modernas teorías sobre la autodeterminación.

El salón era representativo del espíritu de Meadway. Todo era de un color frío. Había grandes jarrones con narcisos y floreros con tulipanes y jacintos, un par de buenas

copias de escultura clásica griega, dos ejemplares de escultura moderna muy audaz y, en las paredes, dos primitivos italianos. En medio de todo esto, se sentaba la señorita, vestida de azul oscuro, con una expresión anhelante en el rostro de galgo y mirando seriamente con sus ojos azul claro a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Lo que importa —decía con su voz clara y bien modulada— es que tratemos el asunto en la debida forma. Es en la niña en quien tenemos que pensar, Mr. Battle, en Sylvia. Es de la máxima importancia, de la máxima importancia, no dañar su vida en ninguna forma. Hay que evitar que adquiera un complejo de culpabilidad. Hay que reconvenirla con sumo cuidado o no reconvenirla en absoluto. Tenemos que dar con el motivo que se oculta detrás de esas raterías sin importancia. ¿Quizá un complejo de inferioridad? ¿No destaca en los deportes? ¿Un deseo oscuro de brillar en una esfera distinta? ¿El deseo de afirmar su ego? Debemos tener mucho mucho cuidado. Por eso he querido verle antes a usted a solas para inculcarle la idea de que hay que tener mucho mucho cuidado con Sylvia. Repito que es muy importante llegar a lo que hay detrás de todo esto.

—Para eso precisamente he venido, miss Amphrey —replicó el superintendente Battle con voz tranquila.

Su rostro no expresaba la menor emoción y miraba a la directora con ojos inquisitivos.

—La he tratado con mucha suavidad —dijo miss Amphrey.

—Muy loable —opinó Battle, lacónico.

—Es que de verdad quiero y comprendo a estas chiquillas.

Battle no contestó directamente, sino que dijo:

—Ahora quisiera ver a mi hija, si no le importa, miss Amphrey.

Con renovado énfasis, miss Amphrey le advirtió que

tuviera cuidado, que fuera despacio, que no contrariase a aquel capullo femenino a punto de florecer.

El superintendente Battle no mostró la menor señal de impaciencia. Su rostro seguía completamente inexpresivo.

Finalmente, la directora lo llevó a su despacho. En los pasillos se cruzaron con una o dos alumnas. Las niñas adoptaron una actitud respetuosa, pero los miraron llenas de curiosidad. Una vez hubo introducido a Battle en una pequeña habitación, no tan personal como la del piso de abajo, miss Amphrey se retiró, diciendo que le enviaría a Sylvia.

En el momento en que dejaba la estancia, Battle la detuvo.

—Un momento, señorita. ¿Cómo ha llegado usted a saber que era Sylvia la responsable de estas... desapariciones?

—Empleé métodos psicológicos, Mr. Battle.

Miss Amphrey habló con dignidad.

—¿Psicológicos? ¡Hum! ¿Y qué pruebas consiguió usted, miss Amphrey?

—Comprendo, Mr. Battle, comprendo que reaccione usted así. Eso... es propio de su profesión. Pero la psicología empieza a ser considerada en criminología. Le aseguro a usted que no hay error posible. Sylvia reconoció espontáneamente el hecho.

—Sí, sí, ya lo sé. Lo único que quería saber es qué le indujo a sospechar de ella.

—Verá, Mr. Battle, cada vez iban desapareciendo más cosas de las taquillas de las niñas. Las reuní a todas y les expuse los hechos. Al mismo tiempo, estudiaba sus caras con disimulo. La expresión de Sylvia me puso de inmediato sobre la pista. Demostraba culpabilidad, confusión. En aquel momento, supe quién era la culpable. No quise enfrentarla con su delito, sino conseguir que lo reconociera por sí misma. Le hice una pequeña prueba de asociación de palabras.

Battle hizo con la cabeza señal de que comprendía.

—Y, finalmente, la niña lo confesó todo.

—Sí.

—Comprendo —dijo el padre.

Miss Amphrey titubeó un instante y luego salió de la habitación.

Battle miraba a través de la ventana cuando la puerta se abrió de nuevo. Se volvió lentamente y miró a su hija.

Sylvia permanecía junto a la puerta, que había cerrado al entrar. Era alta, morena y angulosa. En su rostro sombrío había huellas de lágrimas.

—Bueno, aquí estoy —dijo, más tímida que desafiante.

Battle la contempló pensativo durante un minuto o dos y suspiró.

—Nunca debí haberte mandado a este lugar —le dijo—. Esa mujer es tonta.

Sylvia se quedó tan sorprendida que olvidó sus propios problemas.

—¿Miss Amphrey? ¡Pero si es maravillosa! Todas la encontramos maravillosa.

—¡Hum!... —dijo Battle—. Entonces no es tonta del todo, si es capaz de engañaros así a todas. En cualquier caso, Meadway no era el lugar indicado para ti... Aunque no sé, puede que esto hubiera ocurrido también en cualquier otra parte.

Sylvia se retorció las manos, mirando al suelo.

—Lo..., lo siento mucho, papá. De veras.

—Y con razón —dijo Battle brevemente—. Ven aquí.

La niña se acercó despacio y de mala gana. El padre le cogió la barbilla con su manaza y la miró atentamente.

—Lo has pasado muy mal, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la niña.

—¿Sabes, Sylvia? —añadió Battle con voz pausada—. Siempre he sabido que en ti había algo. La mayoría de las

personas tienen una debilidad de una clase o de otra. Por regla general, es algo visible. Se ve fácilmente cuando el niño tiene mal carácter, o es avaro, o es pendenciero. Tú eras una niña muy buena, muy tranquila, tenías muy buen carácter, no dabas el menor disgusto. Y algunas veces esto me preocupaba. Si hay un defecto que no se ve, se corre el riesgo de estropearlo todo cuando salga a la luz.

—Eso me pasó a mí —dijo Sylvia.

—Sí, lo que te pasó a ti. Bajo la presión, saltaste en pedazos. Y de un modo bien raro, por cierto. Nunca me había tropezado con nada por el estilo, por extraño que parezca.

La niña dijo de pronto, con desprecio:

—Pues yo diría que te has encontrado con bastantes ladrones.

—Ah, sí, los ladrones no tienen secretos para mí. Y por eso, hijita, no porque sea tu padre, los padres no saben gran cosa de sus hijos, sino porque soy policía, sé muy bien que no eres una ladrona. Tú no has robado nada. Hay dos clases de ladrones: los que sucumben a una tentación repentina y más fuerte que ellos, y esto ocurre rara vez (es extraordinaria la resistencia que tiene el hombre honrado normal ante esa clase de tentaciones), y los que cogen lo que no les pertenece como la cosa más natural del mundo. Tú no perteneces a ninguno de los dos tipos. Tú no eres una ladrona. Eres una mentirosa de una especie muy extraña.

—Pero... —empezó Sylvia.

—Lo has confesado todo, ¿verdad? —se apresuró a interrumpir su padre—. Sí, ya lo sé. Hubo una vez una santa que salió de su casa con una cesta de pan para los pobres. A su marido no le gustaba eso. La encontró y le preguntó qué llevaba en el cesto. Ella perdió el valor y dijo que llevaba unas rosas. Él abrió la cesta y dentro había rosas. ¡Un milagro! Si tú hubieras sido Santa Isabel y llevaras una cesta de rosas y tu marido te hubiese preguntado qué llevabas en ella, habrías perdido el valor y habrías dicho: «Pan».

Hizo una pausa y luego añadió suavemente:

—Fue así como ocurrió, ¿verdad?

Se produjo una pausa más larga y la niña, de repente, inclinó la cabeza.

—Dime, hija. ¿Qué es exactamente lo que ocurrió?

—Nos reunió a todas. Hizo un discurso. Vi que me observaba y supe que pensaba que era yo. Me puse muy colorada y vi que algunas niñas me miraban. Fue horrible. Y luego las demás empezaron también a mirarme y a hablarse al oído con disimulo. Comprendí que todas lo creían. Y entonces, una tarde, la señorita me llamó con algunas de las otras y jugamos a juegos de palabras. Ella decía unas palabras y nosotras contestábamos.

Battle gruñó disgustado.

—Yo comprendí lo que intentaba... y me quedé como paralizada. Trataba de no decir la palabra que no debía decir, intenté pensar en cosas que no tuvieran nada que ver, como las ardillas o las flores, y la señorita estaba allí, mirándome con unos ojos... Y luego fue cada vez peor y un día la señorita me habló amablemente y tan..., tan comprensiva que no lo soporté más y dije que lo había hecho. ¡Ay, papá, qué alivio!

Battle se pasó la mano por la barbilla.

—Ya veo.

—¿Lo comprendes?

—No, Sylvia, no lo comprendo, porque no estoy hecho de esa forma. Si alguien tratara de hacerme decir que había hecho algo que no había hecho, lo que sentiría serían ganas de darle un mamporro. Pero imagino que ha podido ocurrir en tu caso. Tu señorita de ojos de lince se ha encontrado delante de las mismas narices con el mejor y más inusitado ejemplo de psicología que pudiera desear una charlatana como ella, representante de teorías muy extendidas. Ahora lo que hay que hacer es poner en claro este asunto. ¿Dónde está miss Amphrey?

Miss Amphrey rondaba discretamente, no muy lejos de allí. Su sonrisa comprensiva se heló cuando el superintendente Battle dijo con brusquedad:

—Para hacer justicia a mi hija, le pido a usted que llame a la policía para que se ocupe de este caso.

—Pero, Mr. Battle, si la propia Sylvia...

—Sylvia no ha tocado nada que no le perteneciera.

—Comprendo que, como padre...

—No estoy hablando como padre, sino como policía. Llame a la policía para que le ayude en este asunto. Serán discretos. Encontrará usted las cosas escondidas en alguna parte y supongo que con huellas dactilares y todo; los rateillos no piensan en usar guantes. Me llevo conmigo a mi hija ahora. Si la policía encuentra pruebas, pero pruebas de verdad, que la comprometan, estoy dispuesto por su bien a comparecer ante los tribunales y aceptar lo que venga. No tengo miedo.

Cuando el coche cruzaba la verja, unos cinco minutos más tarde, le preguntó a Sylvia, que se sentaba a su lado:

—¿Quién es esa chica de pelo rubio revuelto, de cara colorada, con una mancha en la barbilla y ojos azules muy separados? Me he cruzado con ella en el pasillo.

—Debe de ser Olivia Parsons.

—Pues no me extrañaría nada que resultara ser ella.

—¿Parecía asustada?

—No, parecía complacida. En comisaría he visto cientos de veces esa mirada tranquila y complacida. Apostaría cualquier cosa a que ella es la ladrona. Pero no creas que va a confesarlo.

Sylvia dijo con un suspiro:

—Es como salir de una pesadilla. Papá, lo siento mucho. ¡Lo siento muchísimo! ¿Cómo he podido ser tan tonta, tan terriblemente tonta? Me parece horrible lo que he hecho.

—Bueno, bueno —dijo el superintendente Battle, que

apartó una mano del volante para palmearle el brazo. Luego añadió una de sus favoritas y vulgares frases de consuelo—: No te preocupes. Estas cosas nos las envían para probarnos. Sí, nos las envían para probarnos. Al menos eso me parece a mí. Si no, no veo por qué iban a enviárnoslas...

19 de abril

El sol derramaba generosamente sus rayos sobre la casa de Neville Strange, en Hindhead.

Era uno de esos días de abril de los que hay por lo menos uno en el mes, más caliente que los de junio.

Neville Strange bajaba las escaleras. Iba vestido de franela blanca y llevaba cuatro raquetas de tenis bajo el brazo.

Si entre todos los ingleses hubiera que escoger un hombre como ejemplo del afortunado mortal que lo tiene todo, el Comité de Selección escogería a Neville Strange. Era muy conocido entre el público británico, un jugador de tenis de primera clase y un deportista consumado. Aunque nunca había llegado a las finales de Wimbledon, había ganado varias veces los partidos preliminares y en los dobles mixtos había llegado a las semifinales en dos ocasiones. Puede que fuera un atleta demasiado completo para ser campeón de tenis. Era un excelente jugador de golf, un magnífico nadador y había hecho varias buenas escaladas en los Alpes. Tenía treinta y tres años y una salud de hierro, un físico atractivo, mucho dinero, una mujer bellísima con la que se había casado recientemente y, según todas las apariencias, carecía de preocupaciones.

Sin embargo, cuando Neville Strange bajaba las escaleras aquella hermosa mañana, una sombra le seguía, una sombra quizá perceptible solo para él. Pero él se daba cuenta de su presencia y esto le hacía fruncir el ceño y parecer turbado e indeciso.